



HOMILÍA DE LA MISA DE CLAUSURA DEL CAPÍTULO INSPECTORIAL

Jueves de la Octava de Pascua

Los encuentros con Jesús Resucitado han acompañado la celebración de este Capítulo Inspectorial. También como aquellos discípulos, nosotros hemos estado hablando de las cosas que nos suceden en nuestra vida, en nuestras casas, en nuestra misión salesiana. En ese contexto, Jesús irrumpe por sorpresa en medio de nosotros y nos dice como a ellos: «Paz a vosotros».

Pero las palabras de Jesús no provocan necesariamente un cambio automático en nuestras vidas. No somos así los seres humanos. Ni entonces, ni tampoco hoy, los cambios se producen de la noche a la mañana. La primera reacción de los discípulos ante Jesús, fue el miedo y la sorpresa. Por eso el Señor les invita a no elucubrar teorías, sino a experimentar su presencia que se palpa en lo concreto: *¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.*

Necesitamos palpar a Jesús en nuestra vida y en nuestras comunidades, para que quienes viven con nosotros, sientan a través nuestro que Él ni es un fantasma, ni una idea etérea que acaba por no tener una incidencia concreta en lo que se hace y se vive.

Sin una experiencia personal íntima y profunda con Jesús, sin tocar con nuestras propias manos las huellas de la Pasión, no podremos llevarle a la vida de los demás. Así lo afirmaba el Capítulo General 27 para todos los salesianos del mundo: «Somos muy conscientes de que solo el encuentro personal con Dios a través de su Palabra, los Sacramentos y el prójimo, nos hará significativos y testigos auténticos en la Iglesia y en la sociedad»¹.

Jesús hizo pedagogía con sus discípulos para llevarlos a la fe. No bastaron las palabras y la presencia. Por eso les enseña los pies y las manos, les invita a tocar y a comer juntos, a hacer experiencia propia de que realmente es Él el que está en medio de ellos. Les coloca

¹CG27 1



en una situación que posibilita un proceso personal y comunitario que hace pasar del miedo a la alegría.

Queridos hermanos y miembros de esta familia de Don Bosco. Somos hijos de un gran educador. Hemos recibido una preciosa herencia en el Sistema Preventivo que no es solo un método pedagógico, sino una espiritualidad para ser vivida². Habiéndonos encontrado nosotros con el Señor, buscaremos los modos adecuados para hacerlo presente en la vida de los jóvenes, de ayudarles a que ellos toquen, palpen, coman, sientan su presencia por medio de las múltiples actividades, encuentros y experiencias que nuestra pastoral juvenil planifica.

Este es el desafío más importante que nos dábamos hace unos años en la Congregación y que en esta Eucaristía conclusiva del Capítulo Inspectorial quisiera recordar: *«el desafío más relevante consiste en encontrar formas creativas para afirmar la importancia de los valores espirituales y el encuentro personal con el Dios de la vida, del amor, de la ternura y la compasión»*³.

Superados los miedos y las alarmas iniciales, el relato del Evangelio nos sitúa en una conversación con Jesús que invita a releer la propia historia personal desde este encuentro que está sucediendo. ¡Cuánto necesitamos conversar con Jesús de esta manera! Qué importante es que también a nosotros, nos abra el entendimiento para comprender y para que todo cuanto hemos vivido a lo largo de nuestra vida, se pueda convertir en un trampolín que nos lanza a un futuro iluminado por la paz que Jesús nos brinda.

Esta es la energía que os invito a sentir al acabar esta reunión capitular, para poder volver a nuestra vida y misión cotidiana. Este es el cambio que es posible, cuando se iluminan las relaciones personales y la propia vida con la luz del Evangelio. Esta es nuestra historia de salvación que en Valdocco se encarnó en un carisma concreto al servicio de los jóvenes y quiere seguir escribiendo páginas hermosas en cada casa en la vida de muchas personas.

La irrupción de Jesús abre un proceso en la vida de aquellos hombres temerosos y asustados. Palpar sus pies y sus manos y compartir con él una comida de amigos, les ayuda a abrir el entendimiento y darse cuenta de muchas cosas vividas. Este proceso termina con una afirmación solemne: *¡Vosotros sois testigos de esto!*

Esta es nuestra vocación y misión: ser testigos creíbles y auténticos de que merece la pena seguir a Jesús, de que no es lo mismo conocerle que no haberle conocido. Ser testigos alegres que difunden esta alegría y que saben educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta. Ser testigos de la Resurrección.

² CG27 58

³ CG27 38



Este testimonio que nace del proceso de superar el temor de ver a Jesús como un fantasma, a hacer experiencia de Él y releer la propia historia desde su Pascua, es el que puede insuflar de vida a nuestra inspectoría. Tener casas habitadas por testigos alegres de su vocación genera serenidad, entusiasmo, esperanza.

Testigos en la vida en comunidad, que no permiten que se cuele en nuestras casas actitudes y detalles que minan la fraternidad. Testigos en las relaciones personales, en el trabajo cotidiano, en el servicio a los jóvenes que más nos necesitan, en las múltiples y variadas formas en las que nuestro carisma se implanta en diversas actividades y obras. Testigos en la vida y misión compartida junto con tantos seglares que se sienten tocados por esa vocación salesiana que se expresa de modos muy diversos.

Llegamos al final de este Capítulo en el que nos hemos escuchado, hemos celebrado, hemos compartido. Pido al Señor, en esta Eucaristía conclusiva, que esta experiencia vivida nos ayude a ser esos testigos suyos en cada una de nuestras comunidades educativo pastorales de la Inspectoría.

Fernando García Sánchez
Inspector SSM